

¡Arriba España!

HECHOS Y COSTUMBRES

Lo que nos han dejado los árboles

Olot, dentro de muy poco tiempo, tendrá dos magníficas entradas: una por la Carretera de San Juan de las Abadesas y otra por la de Gerona.

Para llevar a cabo estas urbanizaciones, ha sido necesaria la tala de los árboles. Creo, francamente, que no podía hacerse de otra manera, ya que con su pérdida la ciudad ha salido con las mejores ganancias. Y no soy de los que odio a los árboles. Siempre «a priori» me he considerado elemento de la «Sociedad Protectora de Animales y Plantas», y en particular muy amigo de los árboles. Atribuyo a su presencia una cantidad considerable de virtudes y su belleza y vitalidad me impresionan. El árbol es amigo del hombre. Le da sombra, fruta y madera. Plantar un árbol es una de las obras más gratas a Nuestro Señor y saber respetarlos es de una delicadeza celestial. Soy un entusiasta de la «Fiesta del Arbol», y considero que toda la pedagogía que encierra esta Fiesta ayuda a la formación de los niños. Instituir la de nuevo sería una de las cosas más interesantes.

Ahora bien, cuando el sacrificio es en pro de la comunidad y el embellecimiento de la urbe, como ocurre en esta ocasión, apruebo, aplaudo y felicito a los realizadores de la obra. Y conmigo, de esto estoy más que seguro, todos los ciudadanos, a pesar del dolor que nos causa la pérdida de nuestros viejos, corpulentos y confidentiales amigos.

Pero una vez más, los árboles han demostrado con su ausencia, la simpatía que les une con los hombres. El caso está a la vista.

Con su presencia la carretera de Gerona tenía algún atractivo. Pero al desaparecer, nos han descubierto unas construcciones anárquicas y de dudosas líneas. No por simples y económicas, podía prescindirse de la austeridad y el buen gusto.

Un voto de confianza, pues a los realizadores de estas nuevas urbanizaciones y nuestros mejores deseos para que el embellecimiento de las calzadas responda con la buena voluntad de las fachadas y cobertizos. Un poco de amor *al conjunto* creo que no perjudicaría mucho *en particular*. ALOT



PORTAVOZ DE F. E. T.
Y DE LAS J. O. N. S.

REDACCIÓN: SAN ESTEBAN, 27
TELÉFONO 133

Núm. 559-AÑO XII

OLOT, 21 DE ENERO DE 1950

PRECIO: 50 CTS.

Ideas y Humanidades

Sembrar jardines nuevos...

Por lo grata y altamente evocadora que resultó la conferencia pronunciada últimamente en el Real Círculo Artístico de Barcelona por el ilustre académico y admirador de nuestras bellezas locales, D. José Francés, nos incita a escribir esta breve apostilla. Casi me atrevería a afirmar que el espíritu de aquella disertación quedó gráficamente plasmado en la reproducción que Francés efectuó de las palabras poéticas del llorado Eduardo Marquina, «...en una nueva España, sembrar jardines nuevos...», pues al elogio repleto de admiración y de quimera romántica que Francés puso en la evocación de las reacciones psicológicas que los personajes despliegan ante los jardines, no pudo unirse con menos valor la exaltación del jardín como realidad en progresión ascendente, como necesidad y eslabón creacional indispensable de nuestra geografía y de nuestra orquestación de virtudes naturales para la conquista de un motivo con el que hacer más deleitosa la existencia.

Dice bien Francés cuando afirma que todos tenemos en la vida el recuerdo de un jardín, la polarización poderosa en nuestra mente de algo escenografiado en estos parajes de sintética riqueza plástica: quizá la imagen de una noche de fiesta, aquél momento que atesora un secreto importante de nuestras almas o el que nos describe la transitoriedad de un querido ser alejado ya de nuestras posibilidades...

Captando a Francés cuando emparentaba la necesidad del jardín con la

adecuación a los escenarios geográficos, no puedo menos que suponer una cierta influencia—por esporádica que hubiese sido en él—de estas magníficas realizaciones que tanto en el mismo corazón de nuestra ciudad como en ciertos privilegiados rincones puestos ya al alcance del pueblo por la mano desvelada de quien nos rige, que el propio Francés pudo admirar personalmente no hace muchos meses con inevitable encanto.

Pero si al ilustre Secretario de la Real Academia de Bellas Artes le ocurriera lo que a nosotros que, del áspero y rudo lomo de una vía céntrica condenada desde muchos años acá a la ruindad de una afeada prestancia, hubiese visto brotar velozmente la amorosa visión de esta «melodía que va pasando por todos los rincones de las tierras de España» y transforma en líneas de belleza lo que es desencanto y tristeza, le sobrevendría, además, la exacta sensación del impulso creacional de un pueblo, la genética maravillosa que labora y adorna la vida entonando su canto dulzón a través de esta mezcianza que alrededor de algunos jardines nuestros se plasma: la voz ardiente del acero que ruge o la madera que sufre y la inmutable oración del surtidor que deja caer su líquida lengua relamiendo en el suelo el verde tapiz renacido en tierras donde no se conocía el perfume ni la autoridad de la flor.

L. A.